

rostro no se envenenan rosas para ofrecerlas á una rival!

—Teneis razon, observó Genoveva.

El señor Jericó, que no se impresionaba fácilmente, se hallaba conmovido.

—Hoy, prosiguió, la madre y la hija han muerto: si Dios ha perdonado á la madre, habrá sido porque la hija era un ángel.

—Estoy cierta, exclamó Jacinta, que Violeta se me ha aparecido esta noche. Me parece que aun la veo como os estoy viendo á vos, esbelta é inclinada con la gracia de una rosa. Cuanto siento no haberme dirigido hácia ella!

—La vision se hubiera desvanecido observó el sábio.

—Pero en fin, señor Jericó: creéis en las visiones, en las sombras, en los fantasmas, en los aparecidos?

El señor Jericó, que hojeaba á Swedenborg, no respondió.

Se tomó agua de azahar y se siguió evocando el espíritu de las ciencias ocultas.

Genoveva no era marisabidilla; mas impresionada por la aparicion de Violeta, deseaba penetrar en las tinieblas.

IV.

TINIEBLAS SOBRE TINIEBLAS.

Los talentos medianos se burlan fácilmente de todo lo que se encuentra algo mas allá de su alcance. Esta es una buena política: parece que miran desde lo alto, siendo así que no ven sino lo que está muy bajo. Hé aquí porque los hombres de génio se encontrarán siempre solos en las cimas escarpadas y en los bordes de los abismos. Hé aquí porque sentirán siempre el vértigo ante la grandeza de lo infinito. Desgraciado el hombre que está solo! Hé aquí porque el espíritu del cuerpo no comprenderá jamás el espíritu del alma. Hé aquí porque los valientes navegantes del mundo visible hácia el mundo invisible se estrellarán siempre en los naufragios de la filosofia.

Ningun pensador ilustre ha negado la accion de los espíritus invisibles. Salomon tenia sus «génios luminosos». La Biblia es el teatro de los visionarios. El Oriente es el teatro de los fantasmas. Sócrates tenia su demonio familiar. Platon tenia sus presciencias. En todos los filósofos de la antigüedad se ven errar imágenes de Dios en la tierra.

Pero si no creéis en la acción de lo invisible en el horizonte de los brumosos siglos, nos será preciso reconocer que Descartes y Pascal, estos dos pensadores de nuestros tiempos, estas dos almas templadas en divinas fuentes, vivieron inquietos por Aquel que no se muestra. Quién no recuerda la visión de Descartes? Quién no se ha conmovido ante las alucinaciones de Pascal?

Descartes! este escéptico audaz, que perfila su grande sombra en la aurora de todas nuestras luces! No solo tuvo su visión, sino que emprendió á pié una peregrinación á Nuestra Señora de Loreto, desde Venecia. Y no fué esto solo. Para dar gracias á la Virgen por esta visión, arrastrado por cierta voz celeste que le hablaba, fué á Roma para asistir al jubileo.

Su discípulo Malebranche, no vivió también en el mundo espiritual? «La esencia espiritual de Dios, escribe este filósofo, contiene todos los espíritus y todas las almas.»

No se conoce aun bastante aquella loca obstinada que sostenía diálogos con un crucifijo. No hablaré de sus caricias y «delicias espirituales» que sentía en su comercio con los espíritus divinos. La señora Guyon es una Safo cristiana que se arroja en brazos de Dios, como la otra Safo se echó en las ondas del mar porque creía hallar en él los brazos de Faonte. Habla de su celestial esposo con una familiaridad y audacia que espanta á las mujeres casadas. Así dice: «Me he casado con Cristo: renuevo todos los años mi matri-

monio; hé aquí porque hago milagros, hé aquí porque mando las almas.» No levantaré el velo de sus éxtasis y visiones. El diablo se le aparecía siempre empeñado en tentarla, porque Dios se hallaba contenido en ella; esta mujer es la gran Pitonisa del misticismo. Saint-Martin y Fenelon son apenas dignos de traducir la lengua que ella hablaba. Tuvo «completamente despierta» apariciones divinas bajo todas las formas. «Os aparecisteis, amor mio! bajo aquella figura del Apocalipsis, con la cabeza coronada por el sol y las doce estrellas!»

Saint-Martin pertenece á lo pasado y á lo porvenir. Se nos presenta entre el grupo de Mesmer, del conde de San German y de Cazotte. La señora de Krudner es la sibila de los emperadores. Hé aquí también al creyente Lamennais que será el profeta del pueblo.

Horas de locura! esclaman los escépticos. Porque no se ha de responderles: Horas de luz! La ciencia, dicen, niega la existencia de Dios. Al contrario, la explica, contestamos nosotros. Y si Dios existe, por qué hemos de negarnos á ver su mano invisible en el trabajo visible?

Será una visión el que Francia sea aun la Francia? Si Voltaire y Juana de Arco son las dos figuras mas grandes de la Francia, Voltaire debe á Juana de Arco el ser un grande escritor, apesar de su *Doncella*.

Quién soy? A donde voy? Este es el punto interro-

gativo que la humanidad fija ante Dios. Y Dios no responde. Y por esto dicen los filósofos que Dios no existe.

En el origen de las ciencias ocultas se buscó á Dios hasta en el demonio, y los misterios del cielo fueron buscados en el libro de la naturaleza.

Las ciencias ocultas de la edad media buscaron sus inspiraciones en la cábala judía. La cábala es una filosofía mística. Mas antigua que la escuela de Alejandría, con la cual, sin embargo, ofrece algunos rasgos de semejanza, lleva de un modo harto visible el sello de una doctrina de Oriente. Según ella, todas las criaturas son emanaciones de una sustancia única. Quién no reconoce en estas ideas elementales el sistema de Spinoza y de todos los ateos modernos? Judío é iniciado en los misterios, en las tradiciones de su raza, Spinoza no hizo otra cosa que llevar la rectitud de un espíritu geométrico en el mundo de la fantasía y de los sueños grandiosos.

Las ciencias ocultas se envolvían á sabiendas en un velo artificial. Los astrólogos, los alquimistas, los mágicos no querían ser comprendidos por el vulgo. De ahí que un lenguaje convencional, de signos misteriosos; de aquí que un simbolismo nebuloso cubriera ideas de flotantes contornos. Aquellos misterios, aquellas sombras, aquellas tinieblas, hicieron creer á los espíritus superficiales que no había tras las ciencias ocultas de la edad media mas que un grosero error enmascarando la superchería. Enhorabuena que

fuese el error; pero que habrían ganado los sábios de aquella época en engañar á los otros y en engañarse á sí mismos? Se supone siempre á los hombres mas malos y mas hábiles de lo que son realmente. La mayor parte de los gefes de escuela tienen religiones que han seducido la muchedumbre ó que han comenzado por ser seducidos. Se puede ver muy bien en la doctrina de los antiguos magos el delirio del orgullo, un desafío soberbio á Dios y á la Providencia; el abuso de las aspiraciones hácia lo infinito; mas no se podrían dirigir iguales reproches á los filósofos y á los teólogos? Saberlo todo es poderlo todo: esta es la profesion de fé de la cábala.

Esta profesion de fé no es consentida por la naturaleza. Ella se venga llenando de sombras los ojos del espíritu que se vuelven audaces hácia la luz universal. Pero acaso no tienen los cabalistas el derecho de acusar á la naturaleza? Acaso no pueden decirlo: «Por ventura no eres tú quien ha puesto en mi corazón este insaciable deseo de saber? Porque me has dado la ambicion de un Dios, puesto que me encorvas como el bruto bajo el inesplicable misterio de tus leyes? Tú me arrojas la manzana de la ciencia, la manzana del bien y del mal, y despues, engañadora Maya, te escondes tras el espeso bosque de lo desconocido! Pues bien: te seguiré. Veremos quien cederá. No creas que nunca puedas ahogar mis irresistibles aspiraciones á conocer la causa de las causas. Yo arrancaré tu secreto.

Octavio poseía toda una biblioteca de filosofía y teología. El joven conoció muy pronto que la cábala encerraba una ciencia tan real, como la de otros sistemas pretenciosos y ya consagrados. No se detuvo en las quimeras: los mismos platónicos no se hallan exentos de ellas. Los errores! Donde no abundan? Engañarse es el privilegio de la razón humana: solo no se equivoca el que anda por caminos ya trillados; pero á donde guían? El hombre con frecuencia no evita las ilusiones mas que para caer en los lugares comunes.

Segun los cabalistas, existe un alma universal que dá esencia y sustancia á la estension: todas las otras almas son emanaciones de esta alma, vasto océano de la vida y de la idea. Cada departamento de la existencia se encuentra animado por una fuerza latente oculta, que es como el espíritu de las cosas. Hay el *alma azul* que llena el éter; hay el alma *verde claro* que hace vivir el océano; hay el alma *insensible* que hace respirar las piedras; hay el alma *verde-subido* que se estremece y vegeta en sus plantas y hay el alma *animal* que dá el instinto á los brutos y el pensamiento al hombre. Todas estas almas sublunares, están bajo la dominación de los grandes cuerpos celestes.

Las estrellas que pueblan la soledad del vasto cielo son seres. Cada uno de estos mundos se encuentra animado por una inteligencia particular dotada de una fuerza, y de una influencia que obran direc-

tamente sobre nuestro planeta. No existe un sér viviente, no existe una flor que no tenga su patrono y su guía en uno de los astros colgados en el firmamento. Cada rayo de luz celestial que baja á la tierra encuentra la criatura al cual está destinado. Esta comunión de las almas á través del espacio, esta correspondencia de las esferas superiores determinando los destinos de las otras esferas inferiores, todo esto forma el lazo del universo, el lazo de amor, segun dice el Dante.

La creencia de que las almas sublunares están bajo el dominio de las almas unidas á los cuerpos celestes, es una creencia caldea. Los primeros pastores, sorprendidos con la belleza de esos astros que brillan en la serenidad taciturna del cielo asiático; pasando la noche con sus rebaños en medio de aquellas llanuras silenciosas, buscaban por encima de su cabeza, los confidentes de sus pensamientos. Se acostumbraban muy luego á ver en las estrellas hermanas misteriosas que velaban por su destino errante. Cada uno de ellos eligió la suya entre aquella innumerable familia de cuerpos celestes que poblaban las soledades del espacio. Mas tarde, lo que era un instinto, un sueño, una necesidad del corazón, hubo de convertirse en doctrina. El género humano no procede de otro modo: toda teología, todo sistema filosófico empieza con una aspiración hácia la naturaleza. Los doctores caldeos, ó, dándoles su verdadero nombre, «los magos,» transformaron la simple y grosera vi-

sion de los pastores en una metafísica sagrada. Dijéronse que aquellas vastas existencias del firmamento no podían permanecer inactivas, que los mundos debían corresponderse unos á otros, que en la naturaleza las grandes fuerzas dominaban las pequeñas, y que de consiguiente nuestra redonda bola tenía que recibir de los astros, no solo la luz y la vida, sino una dirección moral. Cada astro abrazaba con su poder una parte de los tres reinos de la naturaleza; presidía á la formación de las piedras y los metales, á la vida de las flores, al nacimiento y destino de los animales, á la fortuna de los hombres, y las obras creadas por la inteligencia humana. Las religiones, los estados, las sociedades, todo se hallaba regido por los movimientos del cielo. Los grandes cuerpos luminosos vivían sujetos á enfermedades y á fases laboriosas; la enfermedad de estos astros se esparcía en la parte de universo y de humanidad que las estaba sometidas: de ahí las pestes, las guerras, los temblores de tierra, las hambres y todos los azotes. Que los cabalistas se han engañado sobre la causa fatal de los acontecimientos, es cierto; mas, necesario es hacerles justicia. Adelantándose á la ciencia, fijaron audazmente la unidad de la naturaleza. Fourier fué llevado por la misma voz á las mismas inducciones. Han escitado mucho la risa las funciones de Mercurio, presidiendo la salud de las coliflores; yo no sé si Mercurio se interesa mas por las coliflores, que por los hisopos; mas creo de buena fé que la ciencia obró

con gran temeridad y ligereza, cuando negó las influencias ejercidas de una esfera á otra, por las virtudes celestes.

El alma de la tierra, esta alma que ha preocupado en estos últimos tiempos la razón de los buscadores obstinados, era perfectamente conocida de los cabalistas. Cada alma particular era una ola de aquel océano sometido á la presión de los astros que van y vienen en los espacios celestes. Esta alma terrestre imantaba todas las criaturas, y ella, á su vez, era imantada por la mirada de los otros mundos, sus hermanos y sus hermanas en la eterna encarnación de Dios en el seno del universo.

Los cabalistas admitían como los antiguos dos almas: una espiritual y la otra material. Esta última, durante la vida, servía de lazo entre el espíritu y el cuerpo. Tenía así la forma de la persona animada. Desprendida del cuerpo conservaba su semejanza. Esta alma no dejaba la tierra. Relaciones de simpatía la ligaban ya á la tumba, ya á aquellos lugares preferidos en los que se había realizado su existencia visible.

Continuaba siendo animada por las pasiones que habían hechizado ó atormentado su primera vida: el odio, el amor, la venganza. Quería el bien ó el mal.

Habitaba un mundo mas etéreo; parecía sensible á impresiones delicadas que no perciben nuestros órganos. Era una sonámbula lúcida.

Hé aquí el modo con que Jacinta había visto aparecer á Violeta.

Genoveva recordó que esta vision cruzaba frecuentemente en sus sueños.

Cuando la pitonisa de Eudor evocó, segun la Biblia, la sombra de Samuel, esta sombra era el alma material de la persona difunta. Estas almas tenían la facultad de ir de un punto á otro con la rapidez eléctrica del pensamiento. Con frecuencia se aparecían sin otro impulso que el de su voluntad á los que estaban durmiendo.

Era con objeto de darles la llave de oro de los sueños. El porvenir les estaba abierto á causa de la finura de sus facultades sensitivas, lo cual equivalia á la doble vista. Ordinariamente se aparecían á las mujeres que son mas aptas para recibir las impresiones.

Las mujeres ven.

El arte de las evocaciones se hallaba fundado en la idea de que los vivos ejercen por su voluntad una influencia sobre el alma material de los difuntos. Esta fuerza y este dominio se acrecentaban ejercitándolos. Para esto era indispensable colocarse en determinadas condiciones. Las relaciones con el mundo invisible, estaban prohibidas á las naturalezas vulgares que se evaporan en la accion exterior. Unicamente la voluntad podia llamar el alma material de los muertos y obligarlas á presentarse: mas, esta voluntad se auxiliaba con ciertas fórmulas y ciertos signos que le daban mas poder. Estas imágenes de la vida se dibu-

jaban en color gris en el fondo positivo del mundo exterior: poseian el gesto, el movimiento, la mirada y la voz. Bajo esta nueva forma seguian interesándose en los acontecimientos de la humanidad. Esto, sin embargo, siempre se manifestaban rebeldes cuando se las hacia entrar en las esferas de las cosas visibles. Era indispensable atraerlas con una fuerza interna, cogerlas, por decirlo así, *por los cabellos*, ó bien, segun dicen los visionarios cabalistas, por la *mano de la voluntad y el mandato*.

Estas sombras vivian tristes. Habian guardado del sueño doloroso de la vida, una impresion intensa y fria. «Nunca las he visto sonreir» dice Flamel que se alaba de haberlas evocado á millares.

El sentimiento mas fuerte que parecia animarlas en su existencia oculta, era un sentimiento de justicia. Venian á pedir á los vivos la reparacion de un derecho violado, de un crimen que habia quedado impune.

Un cabalista cita el ejemplo de una sombra de mujer que se quejaba de una violencia que en ella se habia cometido hacia un siglo y que desgraciadamente presidia el infortunio en la familia del culpable. Las almas de los muertos, sufren mientras el velo antiguo de las acciones malas no ha sido destrozado, y mientras el autor del mal no ha recibido el castigo que merece. Shakespeare ha sido el intérprete fiel de las creencias de su tiempo. Traduciré textualmente:

»HAMLET. Dónde quieres conducirme? Habla; no iré mas léjos.

»LA SOMBRA. Préstame tu atencion.

»HAMLET. Sí.

»LA SOMBRA. Está cercana la hora en que debo volver en medio de las sulfurosas y atormentadoras llamas

»HAMLET. Ay! pobre sombra!

»LA SOMBRA. No me compadezcas; pero concede tu formal atencion á lo que voy á revelarte.

»HAMLET. Habla, ya te escucho.

»LA SOMBRA. Y disparte á vengarme luego que me hayas oido.

»HAMLET. Te vengaré!

»LA SOMBRA. Yo soy el alma de tu padre. Estoy condenada por espacio de algun tiempo á errar durante la noche, y durante el dia me hallo sujeta al fuego, hasta que los crímenes que cometí en los dias de mi existencia, queden expiados. Si no me fuese prohibido el manifestarte los secretos de mi cárcel, podria contarte una historia, cuyos menores detalles destrozarian tu alma, harian helar tu jóven sangre, harian salir,—como dos estrellas,—los ojos de tus órbitas, y erizarian tus cabellos, como se erizan los pelos de un jabalí irritado. Mas el relato de esta eterna agonía, no es propósito para orejas de carne y sangre. Escucha! Escucha! Escucha si algun dia amaste á tu padre!

»HAMLET. Cielos!

»LA SOMBRA. Véngale en la persona de su asesino!»

Como se vé, la víctima llevaba la pena del crimen cometido hasta que habia alcanzado reparacion. Las sombras de los asesinos sufrían por los asesinos hasta que estos últimos eran castigados. Esta satisfaccion obtenida volvian á entrar en el silencioso reposo de la naturaleza, presenciaban el orden invariable de los elementos ó se complacian en el espectáculo histórico del género humano.

Las estrellas no cesan de obrar sobre ellas; pero su accion es mas *sublimada*; las sombras conversan con el alma de los mundos, con el alma de la noche y con las otras sombras. Hay ciertos lugares que para ellas son preferidos. Los espesos bosques, las fuentes solitarias, los peñascos negros en las orillas del mar, se adaptan á sus meditaciones aficiones. En estos puntos es donde los visionarios cabalistas pretenden haberlas encontrado en mayor número. Las víctimas de un crimen dejan dificilmente el teatro donde se verificó el homicidio. Andan erientes en torno de la sangre derramada: llaman al alma de la tierra y la muestran con su dedo las huellas del asesino. Cuando se las pregunta callan y se esconden.

Por lo que se refiere al alma espiritual, los cabalistas no se esplican con claridad respecto á sus destinos. Su oscuro lenguaje parece no obstante indicar que vuelve á la fuente de la vida universal.

La magia, una de las ramas de la cábala, se apoyaba en el principio de que saber es poder.

El mundo es una gran simpatía.

Estender la voluntad del hombre sobre los agentes de la naturaleza era el sueño de esos iniciados en los misterios de las artes ocultas. Sus pretensiones ofrecen rasgos de notable semejanza con las de los magnetizadores. Creían poseer el secreto de influir en los elementos y en las ideas de otros hombres. Este secreto se hallaba fundado en una doctrina: procuraban ponerse en comunicación con los poderes del mundo visible. El arte de cautivar estas almas constituía el privilegio de los sábios. Esto les daba una gran superioridad sobre los demás hombres cuyos deseos y actos tenían la pretensión de dirigir. Según los iniciados en las ciencias ocultas, todos los seres vivos y hasta inanimados obraban los unos sobre los otros como por vía de atracción. La filosofía de los corpúsculos, según se la llamaba, daba cuenta de todos los fenómenos de la naturaleza y los explicaba á su manera. Cada criatura, decía, es como una esfera dotada de un movimiento particular. Cuando dos de estas esferas se encuentran á corta distancia, la una trata de atraer á la otra en el rayo de su influencia. La voluntad puede acrecentar la fuerza atractiva y expansiva de las moléculas que flotan al rededor de los seres organizados y que constituyen, por decirlo así, su atmósfera individual. Según que esta atmósfera es fuerte ó débil los seres arrastran ó son arrastrados. Esta fuerza ó debilidad es por otra parte relativa: tal persona que os atrae, será, á su vez, atraída

si cae bajo la atmósfera de otra persona dotada con una energía de acción mayor.

La cábala dando un alma, una esfera de atracción y de influencia á todos los objetos de la naturaleza, se colocó en el camino de las evocaciones. Se proponía, en efecto, acrecentar y dirigir la comunicación que se ejerce á corta distancia entre los seres animados y los seres inanimados. La creación era, según ella, una gran familia cuyos miembros, aunque provistos de órganos y de medios de atracción muy diferentes, no dejaban de influirse los unos sobre los otros. El alma envuelta en cosas materiales era imperceptible y hasta cierto punto incomprendible hasta el momento en que la voluntad humana la obligaba á revelarse. Ciertos objetos inanimados de la naturaleza manifestaban para ciertas personas simpatías ó antipatías. Era cuestión de carácter. El estudio de estas leyes y de estas relaciones debía conducir los cabalistas al fin que se proponían: la dominación del mundo material y por la mediación de las cosas, la dominación de los espíritus.

Los cabalistas llevaban esta confianza á un límite extraordinario: nada les parecía imposible para la razón humana ayudada con la voluntad y la ciencia. Llegaban á creer que se podía atraer el alma de los muertos al seno del embrión y vencer su repugnancia para volver á la vida. Su ambición fué aun más lejos: se imaginaban haber analizado las causas que presidían al nacimiento de los seres é intentaban su-

plir á la naturaleza en el misterio de sus formaciones. Hacer un hombre, este sueño de Prometeo, fué tambien el sueño de los alquimistas. Habiendo calculado la suma de influencias celestes que obraban sobre la concepcion de los seres organizados, se lisonjearon de dirigir por sí mismos estas influencias y de dar un alma á la materia. Esta orgullosa quimera ocupó los ócios y veladas de mas de un sábio. La tradicion de la cábala queria que alguno de ellos habia logrado su objeto. Aquellos hombres espantosos, nacidos como una escepcion de las leyes de la naturaleza, formados en el molde de la ciencia y arrojados en la superficie del globo como un desafio lanzado al poder creador, eran como protestas vivas del ateismo. La desgracia está en que la existencia de estos *androgonos* no ha podido jamás convencer á nadie, ni aun á los mismos que los habian creado.

A través de estas fábulas y de estas ilusiones del orgullo humano, no es difícil coger la idea de los cabalistas. El mundo no era para ellos mas que una serie de movimientos perpétuos, organizados, periódicos, impresos con el sello de la fatalidad. La ciencia podia apoderarse de estos movimientos, de estas combinaciones ciegas, cambiar sus leyes, suspender su curso, reglamentar sus consecuencias é imprimir así, su voluntad á la naturaleza.

Esta teoría de los cabalistas puede ser analizada bajo dos puntos de vista: por una parte se relaciona con el naturalismo; por otra con el espiritualismo,

pero con el espiritualismo ateo. La voluntad humana y la vida universal, la una obrando sobre la otra, tales son los dos términos sobre los cuales se apoya esta doctrina enfática, oscura y misteriosa. Si algunos cabalistas hablan de Dios, como del alma del universo, entienden por él un Dios sin personalidad, sin conciencia de sí mismo ni de sus actos, sin independencia, sin libre arbitrio. La fatalidad está en el fondo de este sistema. El hombre no es dueño de sus acciones: se halla dirigido como todas las cosas sublunares por el mecanismo de las esferas celestes. Las constelaciones deciden sobre la suerte de los Estados, de las religiones, de las sociedades, de los grandes hombres.

Las almas son, segun la cábala, existencias espontáneas. Esto es una vieja idea resucitada. Las almas andan errantes en lo infinito: unidas pasageramente á un cuerpo mortal cuando se desprenden de él la muerte no rompe los lazos ni sus relaciones con el universo y la humanidad. Esta creencia llegaba hasta el punto de autorizar el matrimonio entre las personas muertas y las personas vivas. Cuantos de estos enlaces no fueron consagrados á las doce de la noche! Se evocaba á la prometida esposa difunta: aparecia y el anillo nupcial que presentaba aquella no volvía á encontrarse nunca.

Los cabalistas sabian perfectamente que la creencia consistente en el dominio de los astros sobre las almas y de las almas sobre las constelaciones celes-

tes, era una idea de la que participaban igualmente los magos de Oriente y los primeros místicos del cristianismo. Bastaba para convencerse de ello leer con atención el Apocalipsis de San Juan. Dios promete al visionario dar á sus elegidos un testimonio de interés por ellos. Les hará un presente digno de sus obras. Y este presente en qué consiste? «Les daré, dice Dios, la estrella de la mañana!»

Otra rama de la cábala, que brotaba del mismo tronco era la presciencia ó el conocimiento de lo futuro. Los hombres mas eminentes de la antigüedad, han creído en los augurios. Los historiadores cuentan con la mayor gravedad las mas nimias circunstancias que han precedido á las batallas y á los sucesos de gran monta. Ahora es muy difícil de formarse una idea del sentido profundo y terrible que los antiguos daban á estas frases: «los presagios eran funestos.» Viéronse generales que aplazaron el combate por su fé en señales amenazadoras y siniestras que precedían á una batalla que hasta á veces se había empeñado. Esta fé descansaba en una doctrina cuyas huellas se pierden en la noche de los tiempos. Esta doctrina era la de los cabalistas: la solidaridad de los acontecimientos y de los órganos de la naturaleza. Para ellos todos los seres vivos ó inanimados estaban relacionados unos á otros por una cadena misteriosa. La desgracia ó la fortuna no era un hecho individual: era un hecho colectivo que interesaba las diferentes existencias diseminadas en el espacio. Ante

el hombre amenazado por un grande infortunio, el alma de las cosas se estremecía y lanzaba gritos inarticulados. Comprender esta lengua simbólica era un privilegio de los hombres ejercitados en los coloquios de las criaturas. Todos los seres pensaban toda vez que hablaban. Este lenguaje era á veces mudo; era el lenguaje de las formas. Otras veces por el contrario, se manifestaba con ruidos á que la experiencia daba tal ó cual significado. Las aves que vivían en las regiones superiores de la atmósfera, estaban en comunicacion muy íntima con las influencias delicadas de que estaba cargado el cielo.

Revelaban con sus cantos ó sus gritos el pensamiento que el alma del mundo hacia rodar en los espacios. Todas aquellas voces, las unas sonoras, las otras silenciosas, eran como advertencias de la naturaleza. El instinto de los animales y de los seres inanimados no estando distraído, como en el hombre, por el torbellino del pensamiento, cogía en la vida universal impresiones magnéticas y las traducía al oído ó á la vista ejercitada de los sábios.

Estas creencias pasaron á las costumbres y resisten aun la luz de la filosofía moderna. El pastor se imagina facilmente que todo le habla. Verdad es que ha podido convencerse por su experiencia de que los animales y las plantas saben mucho mas que él respecto á si hará bueno ó mal tiempo y respecto al movimiento de las estaciones. De ahí que existía una confianza ciega en la ciencia de las cosas.

Lo que nos profetiza el viento y la lluvia no puede igualmente anunciarnos el bien y el mal que debe ocurrir en la vida? No existe en el cielo una lengua de oro, la lengua de las estrellas? Las mujeres á causa de su temperamento nervioso, de su inmenso deseo de creer, de su imaginacion viva y poética, se muestran naturalmente mas propensas que los hombres á creer en esas supersticiones antiguas.

Conocer el porvenir, penetrar entre la niebla que nos oculta el secreto del destino, es una necesidad del corazon humano. Esta necesidad se encuentra bajo la cabaña del salvaje. Un deseo tan universal y enérgico, dicen los cabalistas, no puede ser una mistificacion de la naturaleza. Esta, nos ha dado luces para responder á todas las ambiciones de nuestra curiosidad. Nos habrá engañado en esto? Habria creado el ojo del porvenir para cubrirlo con una venda impenetrable? Si no leemos este gran libro abierto ante nosotros en la inmensidad del cielo y de la tierra, es porque no queremos llegar ni siquiera al alfabeto del misterio. La voluntad humana que lo puede todo, esta voluntad que manda los elementos, tiene igualmente la fuerza bastante para arrancar el secreto de lábios de la esfinge.

Los cabalistas armados de esta conviccion habian dado un sentido á todos los objetos que en la creacion existian. El destino! Para ellas estaba escrito en la fisonomía de los astros. No faltaba mas que levantar los ojos y leer.

El destino era trazado por los mismos astros, en las arrugas que labran la frente del hombre y en las líneas que surcan la mano. Hablaba en el murmullo de las fuentes, aparecia en los sueños, cuchicheaba en el roce de las almas invisibles que poblaban el espacio. Si vos no las oíais, podíais consultar aquellos cuyo sexto sentido, se hallaba mas despierto que el vuestro, á las comunicaciones del mundo superior. El porvenir no era un velo, mas que para aquellos cuyo ojo interior estaba apagado. La naturaleza lo sabia todo: el hombre con su voluntad era su dueño: solo faltaba hallar la solucion del enigma.

Las almas de los difuntos, ó de los que estaban próximos á la muerte, tenian segun los cabalistas, una tendencia natural á anunciar su salida de este mundo. La distancia no era un obstáculo, puesto que el espacio es una ilusion de los órganos; el espacio no existe. El alma se presenta ante las personas que ama. Si su presencia no es notada por los demás hombres, se debe á que su segunda vista está envuelta en la niebla de las impresiones materiales. Los que ven claro no se engañan. Aunque otros no perciban mas que una impresion semejante al de una hoja que se mueve ó al sopro del aire, no por esto dejan de reconocer en ciertas circunstancias la emocion de un alma que palpita.

Muchos grandes hombres han vivido sugetos á esta obsesion de los espíritus invisibles. El matemático Cardan, cuenta que los principales sucesos le fue-

ron anunciados por sueños, presagios, apariciones, génios familiares y por el movimiento de las estrellas. Sus confesiones ofrecen uno de los mas curiosos estudios fisiológicos. Esto sin embargo, pasaba por un hombre de talento.

Cada cual es libre de ver en los sueños de la cábala el delirio de una ciencia jóven. Sucede en la ciencia humana como en la filosofía: se vuelve mas cobarde á medida que se muestra mas ilustrada. En la influencia del estudio, cuando el límite de los conocimientos no se halla fijado, el orgullo es estraordinario y el espíritu se cree con fuerzas para escalar el cielo con muy pocas luces. Mas tarde, por el contrario, la ciencia se vuelve timorata: antes se habia exagerado la audacia y luego exagera la desconfianza. Todo lo que no cae bajo las reglas de la demostracion se relega sin piedad al dominio de las quimeras. Fuera ya tiempo de que cogiera una senda algo mas formal y mas útil. La materia posee propiedades que aun no conocemos; el espíritu cuenta con fuerzas que aun no se han ensayado. Si los iniciados en las ciencias ocultas colocan demasiado alto y en una esfera inaccesible el ideal de los conocimientos humanos, los sábios actuales las colocan demasiado bajo y en un círculo demasiado limitado. El siglo diez y nueve tiene asimismo sus ciencias ocultas: quien sabe si viven mas allá que las ciencias exactas. Sucede con el sonambulismo artificial lo que con los globos aereotáticos: hasta hoy no se ha descubierto la manera de

dirigirlos; pero nada prueba que esto sea imposible. El fantasma de las cosas se aparece con frecuencia á la inteligencia humana antes que las cosas mismas.

En el dia de hoy los sábios confiesan á cada instante su ignorancia y yo les felicito por ello; pero censuro el que eleven esta ignorancia á la categoria de principio. Conocen—esto es cierto—un gran número de fenómenos; pero no adivinan su causa. No les pregunteis ni el cómo, ni el porque de las acciones naturales que analizan: su rostro se cubriría de pronto con una nube magistral, y os enviarían á las edades fabulosas de la ciencia. Estas edades fabulosas han abusado sin duda alguna de las conjeturas; pero se abusa tambien de la prudencia, y se desconfia mucho de la penetracion humana cuando se circunscribe el estudio de la naturaleza á la indagacion de los hechos. La naturaleza no nos ha dicho aun su última palabra: tampoco se la han pedido. Atormentar la materia sin remontarse á la fuerza divina que la anima, equivale á interrogar un cadáver.

Es mas fácil negar la relacion de los espíritus con la materia, que demostrarla. Los conocimientos humanos no serán completos, mientras cortados en dos partes,—la filosofía de un lado, y las ciencias físicas del otro,—marchen solitariamente y á tientas hácia este sol central, cuya luz ilumina las profundidades de la naturaleza.

Los iluminados de la edad média tenían una superioridad: la de que si no inventaron la ciencia,

cuando menos inventaron la poesia. El sentimiento les arrastró á la esfera de las ilusiones; pero las ilusiones son los hijos extraviados de la verdad. Planteando una escuela aventurera en los senderos de lo desconocido, muchos grandes hombres han encontrado fuentes nuevas donde la humanidad se ha abrevado. No olvidemos que Keplero fué un astrólogo.

La ciencia actual es enemiga de las quimeras: declama con una verbosidad inestinguible, contra lo maravilloso. Enhorabuena. Mas no autoriza con su silencio y su reserva las aspiraciones al misticismo? En tanto que no haya contestado á estas preguntas elementales que preocupan la conciencia humana: «Quien soy? A donde voy? no privará á los espíritus curiosos é impacientes el coger, segun la forma de cada siglo, el tenebroso camino de las ciencias ocultas.

El duque de Parisis y el señor Jericó habian hablado uno despues de otro: el primero siempre se habia manifestado escéptico: el segundo casi creyente.

Genoveva estaba maravillada ante la omniciencia de Octavio. Donde habia aprendido lo que decia tan bien aquel burlon que no parecia haber estudiado mas que las mujeres?

V.

EL DEDO DEL DIABLO.

Daba la media noche, y de pronto se oyó un ruido extraño.

—Tengo miedo, exclamó Genoveva.

—Miedo conmigo! al lado de Jacinta y frente al señor Jericó! El mismo diablo no se atreveria á venir con tanta compañía, si es que el diablo existiera.

—Os lo suplico, Octavio, no desafeis al diablo.

—Teneis razon Genoveva: si el diablo no existe en cambio su espíritu se halla en todas partes. Cuando yo era pecador, se me decia con frecuencia que yo era el diablo. Ahora, gracias á vos, hé abdicado el cetro de Satan. Pero el diablo se acostumbra á presentarse en forma de mujer.

La puerta se abrió con estrépito.

La duquesa creyó que quien entraba así, sin hacerse anunciar, era efectivamente el diablo.

Era una bocanada de aire. Un criado acababa de abrir la puerta sin cerrar antes las ventanas de la antecámara.

—Que es esto? preguntó Octavio con impaciencia.

—Señor duque es una bocanada de aire. Me equivoqué, dijo el criado, presentando una bandeja de plata: es un despacho telegrafico.

Genoveva, curiosa, se levantó para cogerlo.

—Id con tiento! no sea que venga del infierno, observó Octavio.

Genoveva abrió el despacho y leyó lo siguiente:

«Pasado mañana llegaré á Tonnerre. Venid á esperarme en la estacion del camino de hierro. Pasaré ocho dias en Parisis.

»ARMANDA.»

—Loado sea Dios! exclamó Genoveva.

—Con tal, dijo Octavio, que la señora de Fontaneilles venga sin el marqués, ese hombre que hace odiar todas las virtudes con que pretende adornarse!

—Tranquilizaos, mi querido Octavio: mi amiga viene para verme dichosa: no os fastidiará su marido.

Jacinta se habia levantado para tocar el piano.

—Este despacho no me gusta, murmuró entre dientes: llega en viernes, á media noche y en el momento en que se habla del otro mundo; entra con una bocanada de aire; estoy cierta de que el diablo envia la marquesa. Pobre Genoveva! Era tan feliz!

Y luego de meditar un instante, prosiguió:

—Si algun dia el destino volviese la página de su libro!

VI.

EL DIABLO EN EL CASTILLO.

El duque y la duquesa fueron al siguiente dia á la estacion mas cercana con un coche de cuatro caballos para aguardar á la marquesa.

Todos sintieron grande alegría al verse. Por espacio de media hora se cruzaron las mas vivas protestas de amistad, y las frases de curiosidad se cambiaron y enredaron como una madeja que se encuentra en unas manos caprichosas. Hablóse de sí mismo y se habló mal del prógimo para no perder esta costumbre. La marquesa hizo la caricatura de la última fiesta dada en el palacio de... donde todos los asmáticos del barrio de San German se habian dado cita como para asistir á un entierro de primera clase.

—Teneis mucha gente en el castillo? preguntó la marquesa de Fontaneilles.

—Mucha gente! contestó Genoveva; para mí el universo consiste en Octavio.

—Poco le ha faltado para que os neguemos la hospitalidad, dijo Parisis, riendo.

Genoveva miraba á su amiga. La marquesa nunca